

El Buen Samaritano:
“¿Qué haré para heredar la vida eterna?”

Hohenau, Jesús,
 Cap. Miranda.

(Lc. 10:25-37)

Sal. 41; Lv. (18:1-5), 19:9-18; Col. 1:1-14; Lc. 10:25-37

1. Diálogo de Jesús con el fariseo: la justicia con base en las obras

La pregunta es la hija de la duda. Dudamos de diversas cosas, por nuestra ignorancia, por nuestra débil fe, por las cosas que se ven todos los días en las noticias. Dudamos. Al despertarse la duda, surge la pregunta, y comienza así la búsqueda de una respuesta. La pregunta que el fariseo tenía para Jesús, era esta: ‘Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?’ (v. 25).

Es una pregunta importante, y que merece una respuesta acertada. Es como cuando los chicos te preguntan: Mamá, ¿de dónde vienen los bebés? ¿Las mascotas van al cielo? ¿Qué pasa cuando alguien muere? Así hay muchas preguntas más frente a la vida. En la confirmación, había muchas preguntas, y también muchas respuestas. ¿Cuánto recordaremos de nuestra confirmación, cuánto habrá quedado en la mente, y sobre todo, en el corazón?

El fariseo, no le pregunta cualquier cosa a Cristo, sino ni más ni menos es la pregunta sobre la vida eterna, sobre cómo entrar en la vida eterna. El cree sabe que hay un cielo y un infierno, sabe que algún día habrá un juicio final y una resurrección de los muertos. Pero la pregunta es: ¿cómo hago yo, fulano de tal, para entrar en la vida eterna junto a Dios en el cielo? ¿Cómo hago para entrar en el cielo? Esa es la pregunta que el fariseo le hace a Jesús.

Entonces nuestro Señor le dice: ‘¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?’ ¿Ya se imaginaron a Jesús preguntándoles eso mismo a ustedes? ¿Qué le responderían? Dirían: ‘¡Ay Jesús! ¡Me olvidé lo que una vez estudié en la clase de Catecismo!’ ¿Eso le dirían ustedes a Jesús, ‘me olvidé’, ‘no sé’? Aquí vemos al Señor intentando ayudar al fariseo a descubrir la respuesta mirando hacia la Palabra de Dios, la Escritura. Jesús quiere ayudarle al fariseo a que descubra la respuesta en la Biblia, no en otra parte. Es como si tu hijo te dijera: ‘Papá, ¿cómo me ato los zapatos?’ Y vos les contestaras: ¿A ver, dónde están los cordones? Y ahora, ¿qué te parece, cómo harías ahora el nudo?

Dios actúa en nuestra vida de la misma manera: No nos da el pedazo de pan que cae a nuestra mesa viniendo directo del cielo, sino que Él lo suministra a través de medios, por medio del esfuerzo y el trabajo diario, por medio de la ayuda del prójimo, mediante la buena administración de los recursos, del ahorro, dándonos la fuerza y la salud necesaria, un buen clima, etc. Así Dios actúa en nosotros, y por nosotros: a través de medios, tanto materiales, como humanos, como también medios espirituales, los medios de gracia, la Palabra y los Sacramentos. Y ni aun esta Palabra y Sacramentos vienen caminando hasta nosotros, sino que se valen de instrumentos humanos, los padres y los pastores, los maestros, para que nos sirvan tal Palabra y Sacramentos.

Entonces, ayudado por Jesús, el fariseo pronuncia con seguridad la respuesta de la Escritura. ‘Dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo [Cristo]: Bien has respondido; haz esto, y vivirás’ (v. 27-28). Ahora, les pregunto, hermanos: ¿Será que sólo esto dice la Biblia sobre cómo heredar la vida eterna? Porque estas son palabra de la Ley. La Ley nos obliga a hacer obras para entrar en la vida eterna, nos indica Diez Mandamientos. ¿Será que cumpliendo la Ley podré entrar en la vida eterna? Jesús dice ‘Bien has respondido; haz esto y vivirás’. Jesús le dice al fariseo: Sí, contestaste bien, cumple los mandamientos sin cometer pecado ni una sola vez en toda tu vida, y entonces tendrás pasaje gratis y directo al paraíso. La pregunta es, ¿será que nunca pequé, que nunca mentí o

traicioné ni siquiera una sola vez? ¿Nunca le falté el respeto a mis padres, nunca codicié bienes ajenos, nunca desconfié de Dios, nunca falté al culto, y ya me sé toda la Biblia de memoria, y el Catecismo también, y siempre anduve predicando del Señor, y siempre amé a mis enemigos con tal intensidad que hubiera dado la vida por aquellos que me escupían y lastimaban? Si tu respuesta es sí, entonces, o una de dos: o tú eres Jesucristo el justo, o eres un perdido pecador, ciego, sin justicia y sin santidad alguna. Pero si aún crees que mereces, por haber obrado bien, la vida y la bienaventuranza eterna, entonces déjame decirte esta otra palabra de la Escritura, que dice: ‘No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno’ (Sal. 14:3; Rom. 3:10-12). Esa es, desde la caída de Adán, nuestra situación delante de Dios, nuestra situación perdida y condenada como humanidad.

Así que el fariseo respondió bien, sólo que su respuesta estaba incompleta. Le faltaba verse a sí mismo como un pobre y perdido pecador, que no ha alcanzado, ni nunca alcanzará a cumplir ni a obedecer, una Ley divina tan superior a sus fuerzas, tan perfecta, tan santa, y que tanto lo condena y lo acusa del digno castigo eterno.

En su conciencia, el fariseo siente que es incapaz de cumplir lo que Biblia manda, y lo que Jesús mismo le confirma que así es. No le queda otra cosa que hacer que buscar una excusa, auto-justificarse delante de Jesús. Porque Jesús ahora podría preguntarle: Si tú ya sabías la respuesta, ¿por qué me preguntaste? ¿Para probarme? ¿Acaso eres un hipócrita, o qué? Así que, ‘queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?’ (v. 29). En este punto de la conversación Jesús podría haber contestado: Sal fuera, fariseo hipócrita. Pero Jesús no hizo eso. Aprovecho su nueva pregunta para enseñar. Porque Jesús ama enseñar. Ama aclarar las dudas de las conciencias que se sienten pobres, sin consuelo. Jesús ama ayudar. Jesús viene ahora en busca este perdido fariseo, desea compartirle la Buena Noticia que tanto necesita, aunque él todavía no lo sabe. Y Jesús le cuenta esta historia del amor de Dios, que ustedes saben, le llamamos la parábola del buen samaritano.

2. Jesús y la parábola del buen samaritano: la justicia con base en la fe

Si ustedes quieren alguna vez contar lo que es el evangelio a una persona, no se compliquen, compartan esta historia, tal como Jesús la contaba. En la lectura del evangelio ustedes ya pudieron escucharla. Sólo explicaré algunos detalles.

‘Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó’ (v. 30 a). Es un camino en bajada, con curvas y contra-curvas. El sendero es peligroso, porque puede haber ladrones escondidos. ‘¡Y cayó en manos de ladrones!, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto’ (v. 30b). En el camino de la vida encontramos peligros y pruebas de diversa clase. A veces, como en esta historia, se trata de un robo, de golpes y dolores, y finalmente quedar al borde de la muerte, tendido en el camino, más muerto que vivo. En el jardín del edén, satanás, como los ladrones, robó al hombre su armonía con el Creador, le despojó de su santidad y justicia, al hacerles morder el anzuelo amargo del pecado, y así perdieron la vida espiritual y eterna. Despojado de la vida, el hombre quedó cautivo del pecado y la muerte eterna. Y la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Sigue la historia, diciendo: ‘Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo.’ (v. 31-32). Jesús conecta estos personajes con el propio fariseo al cual está contando la historia. Como un espejo para su alma, Jesús le muestra al fariseo su pecado: tanto saber de doctrina, no salva a la persona, querido fariseo. Tú sabías lo que debías hacer con tu hermano, con tu prójimo necesitado, pero no lo hiciste. Viste tu necesidad, pero el miedo, la cobardía, el qué dirán, o tus propios prejuicios, te llevaron a seguir de largo por el camino de la vida. ¿Dónde queda el cumplimiento de la Ley ahora, querido fariseo?

Ciertamente no la cumpliste, como tú sí pensabas. Tenías la Ley, pero te faltó cumplir la ley, porque seguiste de largo, y no tuviste compasión de tu hermano necesitado.

Entonces, la historia tiene un giro inesperado. Después de un rato, otro viajero pasa por ese lugar. ‘Un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia’ (v. 33). Un samaritano, es alguien despreciado por un judío, porque el samaritano es alguien mestizo, no es de una ‘raza pura’, como algunos dicen. Un samaritano, aparentemente no tiene nada para ofrecer al judío, porque el judío, y en especial el fariseo, el maestro de la Ley, se siente superior que él. Pero el samaritano, no tiene en cuenta la condición social del judío que está medio muerto al borde del camino. El samaritano ve sus heridas y su dolor. Tampoco se pone a pensar qué dirá la gente de él, por haber tenido trato con alguien que no es de su clase social. El samaritano ve el sufrimiento en los ojos de aquel extraño, ve sus costillas rotas, ve que tiene frío, ve cómo la codicia del hombre lleva a robar y matar, y hacer sufrir a todos por igual. Y fundamentalmente, el samaritano ve que la muerte le rodea a aquel pobre hombre, que la muerte está a punto de clavarle el puñal. Es por eso que el samaritano se conmueve, siente misericordia por él, que está sólo y abatido.

Entonces, ‘acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él’ (v. 34). Lo que no hizo el fariseo ni el levita, lo hizo este samaritano. Lo que no hizo el hombre con la Ley, es decir, alcanzar la salvación, lo hizo Dios mismo encarnándose en un ser humano, el Hijo del Hombre, Jesucristo. Él se puso en los zapatos del hombre, para salvar al hombre. Por eso Cristo es nuestro Salvador: con gran misericordia, puso su vida por nosotros, a fin de salvarnos de la muerte, a fin de vendar nuestras heridas más profundas, quitando el dolor del pecado con su perdón precioso, perdón que nos entrega él mismo en pan y vino, en su cuerpo y sangre. Él mismo, Jesucristo, nos tomó en sus brazos, cuando estábamos ya inconscientes, ya sin vida, y nos puso en su cabalgadura, junto a él, tal como pasó en nuestro bautismo, en donde nos unió con él para siempre, y nos dio vida eterna, vida nueva, vida resucitada. Y Él mismo, de esta manera, se encargó de llevarnos al mesón, es decir, a un refugio, seguro, a un lugar donde nos cuida y nos alimenta con su santa Palabra, es decir, en el templo espiritual de Dios, que es la Iglesia.

Y la historia termina así: ‘Otro día, al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese’ (v. 35). Aquí vemos a Jesús encargando a su Iglesia, tanto pastores, como padres, maestros, etc., el cuidado de la fe de los más pequeños, de los abuelos, de los de situación precaria en la comunidad cristiana. Jesús subió al cielo, pero un día volverá por segunda vez. Mientras tanto Él, desde el cielo, cuida y alimenta a sus cristianos con su santa Palabra, a fin de que ellos crezcan en la fe fuertes y sanos, y vayan madurando en las obras de misericordia, en las obras de amor. Y si algún hermano tiene alguna deuda con el otro, porque no tiene con qué pagarle, Jesús le dice al que estuvo sirviendo y busca cobrarle: Tranquilo, ‘yo te lo pagaré cuando regrese’. Pero tú sigue cuidando a tu hermano en un servicio de amor, así como yo te serví con mi propia vida primero, por mi pasión, muerte y resurrección. Yo Jesús, vengo pronto. Mientras tanto, ámense los unos a los otros, como yo los he amado. Así como yo usé de misericordia con ustedes, y les perdoné todos sus pecados, así también ustedes vayan, y usen de misericordia con el prójimo. Cuídenlo en lo que puedan ayudar, y enséñenle mi Evangelio, para que el amor con que yo los amé, esté también con ustedes. Porque la vida eterna, no se alcanza por propio mérito; sino que es un regalo que viene del cielo a través de la fe. Amén.